

ESTHER DE WAAL

BUSCANDO A DIOS

Tras las huellas de san Benito

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2006

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

Tradujo Francisco J. Molina
sobre el original inglés *Seeking God. The Way of St Benedict*

© Canterbury Press, 1999
Norwich, Norfolk NR3 3BH
© Ediciones Sígueme S.A.U., 2006
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca/España
Tlf.: (34) 923 218 203 - Fax: (34) 923 270 563
e-mail: ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 84-301-1591-9
Depósito legal: S. 1774-2005
Impreso en España / Unión Europea
Imprime: Gráficas Varona S.A.
Polígono El Montalvo, Salamanca 2006

CONTENIDO

<i>Dos prefacios</i>	9
<i>Y dos prólogos</i>	11

BUSCANDO A DIOS

I. San Benito	21
II. La invitación	33
III. La escucha	45
IV. La estabilidad	59
V. El cambio	73
VI. El equilibrio	91
VII. Los bienes materiales	107
VIII. Las personas	125
IX. La autoridad	141
X. La oración	157
<i>Índice de referencias de la Regla de san Benito</i>	171

DOS PREFACIOS

I

Robert Runcie

Algunos libros de espiritualidad parecen haber sido escritos por hombres ociosos para gente con sirvientes. Tenemos derecho a ser escépticos respecto a la aplicabilidad de dichos escritos para nuestra vida ocupada y dispersa. Este libro es diferente. Fue escrito por Esther de Waal al hilo de una vida profesional y personal muy solicitada en cuanto profesora, madre y esposa. Por ello, resulta mucho mejor.

La bendita disciplina y concentración que se han necesitado para elaborar este libro son fruto del intento de avanzar por el camino de san Benito, amén de una prueba de la utilidad y realismo de lo aquí escrito. *Buscando a Dios* es una demostración de la profunda sabiduría que atesora la Regla benedictina, que tiene algo que decirnos a lo largo de los siglos; una Regla tan llena de actualidad para nuestro mundo contemporáneo como para los monjes del siglo VI a quienes estaba dirigida.

Asimismo, resulta llamativo constatar cómo la regla benedictina no sólo resiste el paso del tiempo, sino que también contiene un mensaje para todos los cristianos, independientemente de la Iglesia o tradición particular a la que pertenezcan. Estoy encantado de que tal verdad haya sido enfatizada por la amabilidad del cardenal Basil Hume, él mismo un benedictino, al aceptar escribir un prefacio. Cuando damos gracias por san Benito, todos participamos en la celebración de un santo de la Iglesia indivisa.

Esther de Waal denomina a ésta «la era del persuasivo libro en rústica». Es cierto que hay demasiada literatura sobre la vida espiritual que es un sustituto debilitador de la verdadera prác-

tica de la oración, pero este libro es una excepción. He sido renovado por él y lo he encontrado personalmente útil. Puesto que los arzobispos pueden considerarse a sí mismos expertos en el hecho de estar ocupados y dispersos, mi valoración de la obra puede tener cierto peso.

Espero que esta sencilla pero profunda presentación de una de las grandes tradiciones de la Iglesia cristiana reciba una amplia acogida. Ciertamente servirá para reflexionar y meditar profundamente a lo largo del año litúrgico.

II

Basil Hume

Es bueno disponer de un libro sobre la Regla de san Benito que procede, como dice la misma autora, «de las vivencias de una ama de casa y madre». Hay una gran necesidad de libros que nos ayuden a vivir los ideales sobre los cuales oímos en los evangelios: la lectura espiritual es parte indispensable del proceso que nos conduce a conocer y amar a Dios un poco más cada día.

La Regla de san Benito ha dado a Esther de Waal un punto de partida para su propia reflexión sobre el seguimiento de Cristo. La Regla de san Benito, derivada en parte de otras antiguas reglas monásticas, en parte de su propia experiencia, no fue escrita para deleitar a los teólogos o a otros eruditos. Fue escrita para guiar a sus monjes respecto al modo de vivir el Evangelio en comunidad. Una familia de nuestros días puede aprender mucho de él. Por consiguiente, muchos estarán agradecidos a la autora de este libro, quien ha mostrado esa antigua sabiduría, que por otra parte resulta muy actual y contemporánea.

Y DOS PRÓLOGOS

I

«Me dirijo ahora a ti, quienquiera que seas». Esta breve frase de la Regla de san Benito es perfectamente adecuada, pues sin duda la Regla es uno de los grandes clásicos espirituales —nunca pasada de moda, siempre nueva, poseedora de «un dinamismo capaz de inspirar las vidas de quienes en cada época se acercan a ella con espíritu de oración y receptividad». Estas palabras están tomadas de una reciente traducción de la Regla al inglés hecha por una comunidad de benedictinas anglicanas, una entre una serie de publicaciones similares. No deja de ser llamativo que desde entonces haya aparecido otra traducción, en esta ocasión de Patrick Barry, el anterior abad de Ampleforth, la mayor comunidad católica masculina de este país. La Regla —afirma en su prefacio— está destinada no sólo a los hombres y mujeres que viven en comunidades benedictinas y a los oblatos a ellos asociados, sino a un gran número de laicos «que han hallado una inspiración espiritual en la Regla, la cual les ayuda a ser fieles en su vocación particular como cristianos».

El gran estudioso benedictino David Knowles gustaba de citar un curioso dicho medieval sobre la Regla: «Un cordero puede bañarse en ella sin ahogarse, mientras que un elefante puede nadar en ella». El benedictino Lawrence Freeman ha llamado a la Regla «el documento más decisivo para la vida cristiana después de la Biblia». No en vano, se trata de un texto al que quienes lo han descubierto acuden una y otra vez, como a un manantial o una fuente siempre fresca. Cuanto más permanecemos con ella, más revela sus profundidades. Tiene algo que decirnos a todos, cualquiera sea el momento de nuestra vida en que nos encontremos y cualquiera sea la etapa de nuestro camino espiritual.

No resulta, pues, tan sorprendente descubrir que aunque ya han pasado más de diez años desde que escribí esta sencilla introducción a la Regla, nuevos editores han decidido volver a publicarla. Lo cual evidencia que numerosas personas, muchas de ellas laicos como yo, con compromisos familiares y laborales, y ocupados en múltiples actividades, y aquellos que están descubriendo tras su jubilación cómo vivir con una nueva libertad, están en la actualidad regresando a la tradición monástica. La principal razón para ello –creo– es, de forma sencilla, que aquí encuentran lo que saben que necesitan: una ayuda práctica para hacer de lo ordinario y lo cotidiano un camino hacia Dios.

El autor del breve texto de la Regla –obra que no tiene más de nueve mil palabras– nunca fue sacerdote. Esto puede sorprender a muchas personas que se han acostumbrado a asociar la vocación monástica al sacerdocio, olvidando que tal cosa fue en gran medida un desarrollo histórico. Sea como fuere, en san Benito nos encontramos con un laico que escribe una guía para su casa, es decir, para su amplia familia de hermanos que comparten una misma y afanosa existencia compuesta de todas las conocidas exigencias: preparar la comida, cuidar de los invitados, ganarse la vida, preocuparse por la tierra y las posesiones, educar a los niños, atender a los enfermos... Benito estaba interesado en ayudarlos a imponer sobre esta ajetreada vida una estructura y un orden (tanto externo como interior), de tal modo que pudieran hacer de la oración su prioridad esencial, el foco central de todo lo demás. No había ninguna escisión entre oración y vida. Todo fluía de un núcleo; ese núcleo contemplativo que tanta gente de nuestros días también reconoce como aquello que busca, y que, tristemente, la Iglesia institucional, con sus múltiples organizaciones, sus charlas y sus ocupaciones, a menudo parece incapaz de proporcionar.

San Benito vivió entre el 480 y el 540 d.C., por lo que la Regla procede de los tiempos en los que la Iglesia no estaba aún dividida; es anterior, pues, a las infelices divisiones que tuvieron

lugar durante la Reforma. Así pues, la Regla nos habla de lo que es común, universal y fundamental para todos los cristianos.

La dinámica esencial que subyace a la tradición monástica consiste en dejar que el Evangelio configure nuestra vida. San Benito nos orienta hacia el Evangelio, la Palabra, el amor de Cristo, y eso es algo que todos podemos afirmar, algo hacia lo que todos podemos volvernos. Aquí quedan trascendidas todas las escisiones, las divisiones políticas y las tendencias partidistas para, en definitiva, orientarnos hacia el Reino. En un momento en el que la llama de las iniciativas ecuménicas no parece arder con demasiado vigor y en el que existe una gran polarización dentro de las grandes denominaciones cristianas, tal vez necesitemos más que nunca escuchar la voz profética de san Benito.

«Escucha», así comienza la Regla. Tal invitación constituye la clave de lo que san Benito pide: que nos escuchemos unos a otros y escuchemos a Dios. «Escucha con el oído del corazón», dirá posteriormente. Se trata de una escucha total, con sensibilidad y apertura; esperaba eso de sus seguidores y hoy esperaría lo mismo de nosotros. La hospitalidad de los monasterios benedictinos es proverbial, pero no deberíamos olvidar que dicha hospitalidad no es sólo la acogida que manifiesta la puerta abierta, sino también el corazón y la mente abiertos.

Durante la Reforma, cuando muchos de los grandes monasterios benedictinos se convirtieron en catedrales anglicanas, gran parte del *ethos* benedictino permaneció en la Iglesia anglicana. Su libro de oración, *The Book of Common Prayer*, ideado por Thomas Cranmer, fue un ingenioso compendio de los oficios monásticos en laudes y vísperas, los cuales podían ser usados igualmente por el clero y los laicos, siendo la esencia del culto la recitación de los salmos y la lectura de la Escritura, tal como lo había sido para los monjes. La reunión capitular del clero tomó su nombre del encuentro diario en la sala capitular de la comunidad monástica. Sin embargo, al igual que esas manifestaciones externas, intuimos el énfasis anglicano en la moderación y el

equilibrio, rasgo característico del planteamiento anglicano, lo mismo que lo había sido del benedictino. Se trata, por supuesto, de la *via media*, que no es ni una tediosa mediocridad ni un aferrarse cómodamente a lo que está en el centro, sino más bien una tensión dinámica. Significa reconocer que la verdad puede ser expresada de formas diferentes e incluso divergentes y que la dialéctica o el diálogo resultante permite que se alimenten las dos tendencias y se produzca una interacción que conlleve apertura y crecimiento. Significa, por encima de todo, negarse a caer en extremismos, lo cual quizás hoy sea más necesario que nunca.

Para cualquiera de nosotros, individual y personalmente, así como en nuestras relaciones (familia, amigos, trabajo, parroquia), la Regla puede constituir un apoyo y una guía, pues san Benito nos muestra un camino. Según él, la vida en Cristo significa atravesar una serie de puertas que se abren; en absoluto se trata de una vida estática o segura. El voto de *conversatio morum* se traduce como el desafío de la conversión continua y permanente, la apertura a lo nuevo, la respuesta afirmativa al seguimiento de la llamada de Cristo, al discipulado allí donde él nos lleve. Inevitablemente, esto será costoso, y entre las palabras favoritas de san Benito se encuentran la perseverancia, la constancia y la paciencia, lo que equivale al compromiso de aguantar frente a las dificultades. Aquí entra en juego otro voto benedictino. San Benito es el maestro de la paradoja, y si nos dice que avancemos constantemente, también nos dice que nos detengamos. La estabilidad significa estar en calma, permanecer firme, no necesariamente en un sentido geográfico, sino en el sentido más fundamental de mantenerse firme interiormente, rechazando cualquier evasión, reconociendo que estamos implicados a largo plazo y que perseveraremos hasta el fin. Cuando gran parte de la espiritualidad que se ofrece hoy en día está caracterizada por folletos de autorrealización y progreso (lo que a veces, en mis momentos más cínicos, me parece ser la respuesta a las exigencias del mercado), la obstinada honestidad

realista de san Benito resulta refrescante. Además, hay un tercer voto, el de obediencia. Éste solía causarme dificultades, hasta que descubrí que procedía de la palabra *ob-audiens* (escuchar atentamente), de tal manera que es un compromiso de escuchar la voz de Dios, de escuchar su voz y seguirla; y todo ello para que seamos conducidos por el sendero de la voluntad de Dios más que de la nuestra y para que el punto de referencia fundamental en mi vida sea siempre la presencia de Dios, a quien escucho y respondo «sí», no por miedo, sino por ese amor que san Benito nos presenta como el rasgo distintivo del cristiano. ¿Me convierto cada día en una persona más amorosa? Ésta, en última instancia, es su pregunta. Lo que quiere de nosotros es que corramos por el camino hacia Dios, con nuestros corazones rebosantes de amor. Se trata de un amor que no es tibio o mediocre, sino *fervens* (ferviente, ardiente). San Benito, epítome de equilibrio y moderación, es también apasionado. Nunca deberíamos minusvalorar la urgencia y el entusiasmo con el que se dirige a nosotros. He descubierto que es una guía y un apoyo, pero también profético y desafiante. Aunque es clemente y comprende la fragilidad humana, espera mucho de cada uno de nosotros; y ello porque confía en nuestra humanidad única, don de Dios, y desea que vivamos nuestra vida en plenitud.

Durante más de mil quinientos años la Regla ha sido una fuente y un manantial al que hombres y mujeres se han acercado buscando orientación, apoyo, inspiración, desafíos, consuelo y desconsuelo. Ha ayudado a quienes viven bajo los votos monásticos y a quienes viven fuera del claustro, en el caos y la confusión de unas vidas ordinarias y ocupadas en medio del mundo. Espero que *Buscando a Dios* sirva de introducción a este camino vivificante y anime a que hombres y mujeres descubran por sí mismos el don que san Benito puede aportar a los individuos, a la Iglesia y al mundo en la actualidad y en el futuro.

Fiesta de san Bernardo, 20 de agosto de 1999